

La sociología del escritor y su contribución a la historia social de la literatura latinoamericana*

Andrés López Bermúdez**

Recibido: 30 de mayo de 2014

Aprobado: 30 de junio de 2014

RESUMEN

El estudio del quehacer de los escritores, de sus círculos sociales y profesionales, relaciona su situación con estructuras, clases o grupos sociales, en aras de la formulación de explicaciones y análisis. A partir de la observación empírico-demonstrativa de hábitos y acciones (en legados bio-bibliográficos, en acervos literarios, en archivos y estudios

históricos), es posible determinar tipos particulares del escritor, eventualmente aplicables a dicho grupo socio-profesional en su interacción con conglomerados sociales.

Palabras clave: Sociología del escritor, historia social de la literatura, historia intelectual, tipos del escritor.

* Resultado parcial de la investigación "El cosmopolitismo como función social en la obra literaria de Jorge Zalamea Borda", tesis de Doctorado en Literatura, Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia, Medellín, 2013. La investigación contó con el apoyo de una Comisión de estudio concedida por la Universidad de Antioquia.

** Doctor en Literatura de la Universidad de Antioquia, magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia e historiador de la Universidad de Antioquia. Profesor asociado al Departamento de Historia, Universidad de Antioquia. Correo electrónico: andres.lopezb@udea.edu.co

Sociology of the Writer and its Contribution to Social History of Latin American Literature

ABSTRACT

The study of the writers' work and their social and professional circles relates their condition to structures and social classes or groups with the purpose of giving explanations and analyses. From the empirical-demonstrative observation of habits and actions (in bio-bibliographic legacies, literary tradition, files, and historical studies),

it is possible to determine specific traits of writers eventually applicable to such a social-professional group in its interaction with social groups.

Key words: Writer's sociology; literature social history; intellectual history; types of writers.

Introducción

Para construir la historia de la formación del hombre de letras o, si se quiere, del literato, en Hispanoamérica, se carece de estudios previos y de material suficiente. De estudios previos que describan no solamente las relaciones de los escritores entre sí, sino, sobre todo, lo que en forma de biografías o de análisis de sus obras, de su correspondencia, de los modos como ellos publicaron sus obras, ponga de relieve la conciencia que tienen los escritores de su actividad y, consecuentemente, su comprensión de sí mismos como escritores.

Rafael Gutiérrez Girardot

Este texto expone cómo la sociología del escritor proporciona enriquecedores elementos para la construcción de una historia social de la literatura latinoamericana. Tal aporte implica la aceptación del periplo vital de los escritores como clave determinante para la comprensión de su obra, pues, de manera ineludible, aquel conlleva un carácter parcialmente explicativo de esta. En efecto lo intelectualmente producido es resultado de un contexto vital, a la vez que dicho contexto se encuentra inextricablemente vinculado con la obra. Texto y autor constituyen así una unidad inseparable. No obstante, según podrá observarse, históricamente tal óptica no siempre contó con la credibilidad y aceptación que hoy recibe de parte de los entendidos en la materia.

Durante el siglo XIX, a consecuencia del reconocimiento de la historia como «punto de vista epistemológico focal», las diversas ramas del conocimiento adoptaron una perspectiva histórica. Así lo hicieron desde la historia natural hasta la gramática histórica. En esta última se incluyeron los estudios literarios, encargados, a su vez, de la historia de la literatura, que para entonces fue elevada a la categoría de «disciplina hegemónica frente a la retórica, la poética y la bibliografía» (Laverde, 2006, pp. 36-37). Este proceso aconteció debido a cuatro factores principales, a saber: 1.º) la expansión del capitalismo liberal burgués y la consecuente reflexión acerca de la sociedad frente a las contradicciones sociales; 2.º) la estructuración de filosofías de la historia acaecida entre el siglo XVIII y comienzos del XIX; 3.º) la preponderancia del modelo físico-matemático con la irrupción de corrientes filosófico-cientificistas –como el positivismo y el evolucionismo–, que determinó la adopción de conceptos de las ciencias naturales en las ciencias humanas; y 4.º) el auge de la concepción romántica que aseguraba que cada etapa de la historia cumple un papel significativo en la evolución de las sociedades.

Durante el siglo XIX las historias de las literaturas jugaron también un papel destacado en la organización de las naciones europeas. Según el filólogo, filósofo e historiador francés Ernest Renan (1987), tanto la «amnesia» como los «recuerdos

comunes» constituyen factores esenciales para la conformación de una nación, pues el sentimiento de identificación entre integrantes de un conglomerado humano (identidad colectiva) no depende del previo conocimiento personal de los individuos, sino del error histórico, del olvido y del pasado compartido, que van permitiendo la configuración identitaria.

Por su cortedad explicativa desde finales del siglo XIX el historicismo (tendencia a reducir toda realidad a su historicidad o condición histórica) entró en crisis frente a la compleja vastedad de los fenómenos sociales. En lo literario las historias cayeron en instancias explicativas recurrentes –la vida del autor, las condiciones sociales, políticas, etc.–. Tales historias comenzaron a ser percibidas como

[...] construcciones textuales arbitrarias y contingentes, al mismo nivel de las composiciones literarias. En ese sentido, las concepciones de lo literario surgidas de los contextos críticos pos y antihistoricista le propinaron un duro golpe a la historia de la literatura, cuando la definieron en términos de artefacto lingüístico y conforme a la naturaleza de todos los productos culturales. (Laverde, 2006, p. 38)

Como culminación del descrédito de la historia para el examen científico del ámbito de la comunicación y las letras, a comienzos del siglo XX el formalismo eslavo y la teoría de la recepción enfatizaron en la incapacidad de la historia de ocuparse de lo literario en sí mismo, llamando a ubicar claves analíticas en aspectos estrictamente formales de las expresiones literarias.

Reorientación de las preguntas sobre el pasado y cambio de lugar del escritor en la literatura

Descartada «una historia estructurada sobre la mera acumulación de información acerca de autores, datos biográficos e indicaciones de obras» –recuento de detalles que solía desembocar en el culto a personalidades y a textos fundacionales de dogmas–, la historia literaria viró hacia la comprensión «de tradiciones, de relaciones y de grandes líneas» (Pöpel, 2006, p. 20). Si bien echó mano de fuentes empleadas por la historia tradicional –biografías y compendios, o diccionarios biográficos de autores–, las preguntas que se planteó fueron bien distintas.

Literatos e investigadores sociales clamaron por una historia susceptible de ser examinada mediante intercambios teóricos y metodológicos de diferentes disciplinas, como la lingüística, el psicoanálisis, la antropología, la historia social y la sociología. Conjugando entre otras –en la propuesta de Sartre, por ejemplo– aportaciones simultáneas de corrientes diversas como el marxismo, el psicoanálisis y la sociología norteamericana; o en el caso de Bourdieu, sistemas simbólicos cohesionadores del orden social (lenguaje, mito, arte, y ciencia) a la luz del estructuralismo simbólico y la sociolingüística, además de elaboracio-

nes sugeridas por Weber y Durkheim (Altamirano & Sarlo, 2001). Ampliando el abanico de teorías y conceptos, la historia biográfica estática fue progresivamente remplazada así por una sociología del autor y por una sociología del gusto literario, una y otra orientadas a «vincular en términos dialécticos las diferentes expresiones de la función cultural de la obra literaria con la evolución de la situación social del escritor» (Merquior, 1972, p. 372). Ello acarreó la modificación de la historia de la lectura literaria, así como la reconfiguración de las periodizaciones en la historia cultural (o serie de duraciones estético-literarias), aspectos condicionantes de la literariedad o no literariedad de un texto (Laverde, 2006). Simultáneamente, la relevancia de la historia social se hizo manifiesta como paso previo a la formulación de claves de comprensión sociológica del fenómeno literario.

Como campo especializado de la sociología, el dedicado al autor definió sus perfiles con posterioridad a aportaciones de Karl Mannheim (1893-1947). Reflexionando en torno a la preocupación acerca de valores básicos en la sociedad, fue Mannheim quien acuñó el término *intelligentsia* en referencia al crecimiento de la conciencia social entre determinados círculos de pensamiento y acción interesados en establecer la función social del intelectual, tema que se ampliará más adelante (Mannheim, 1963). La sociología del autor se interesa por la explicación de los impulsos conscientes e inconscientes del escritor en un entorno social (a partir del examen de géneros, recursos narrativos, situaciones y ambientaciones históricas, usos de personajes, etc.). De ese modo pretende dar cuenta de acontecimientos singulares del ámbito literario (una vida o una obra). Concede relevancia al modo en que el escritor *se ha percibido y se percibe*, así como al modo en que *ha percibido y percibe el carácter de su actividad* (Rama, 2006, pp. 64-76). Asume que tanto obra como trayectoria biográfica aportan explicaciones parciales la una sobre la otra, y que en virtud de ese carácter de doble vía la comprensión dialéctica resulta forzosa para lograr «una hermenéutica histórica» capaz de brindar explicaciones –de modo diferenciado según subraya Sartre– acerca de la *creación* de una obra y el *proceso social* «que ha constituido a un individuo determinado en *tal* escritor» (Altamirano & Sarlo, 2001, p. 73).

Pierre Bourdieu (citado por Altamirano & Sarlo, 2001) enfatiza, por su parte, en el hecho de que «más que estar determinado por sus condiciones de existencia [y por su proyecto de vida, a la manera asumida por Sartre], el escritor parece determinarse a sí mismo “a partir de la toma de conciencia, parcial o total, de la verdad objetiva de su condición de clase” ». Una biografía no revelará entonces un proyecto o elección de vida, sino que captará las condiciones sociales que inculcaron en cierto escritor su *habitus* de clase (no ideología, sino mejor, esquema inconsciente de percepción y acción común propio de los miembros de una clase o grupo social). Mientras que desde el enfoque de Sartre la pregunta fundamental es «quién ha debido ser cierto escritor para escribir esta o

aquella obra», en la propuesta de Bourdieu la hipótesis básica gravita sobre la determinación de «quién ha debido ser cierto escritor para ocupar determinada posición en el campo intelectual de su tiempo», situación dependiente del grado de ajuste/desajuste entre el proyecto creador (*habitus* individual) y la *estructura del campo intelectual* circundante –o determinaciones sociales típicas de cada clase social– (históricamente variables). Así, desde la perspectiva de Bourdieu determinado campo intelectual proporciona «los medios, posibilidades y los límites al proyecto de un escritor». Ello implica la manifestación de las innovaciones propuestas por dicho escritor, y la discusión acerca de «si ellas son absorbidas, rechazadas o simplemente ignoradas hasta que una nueva configuración del campo intelectual las convierta en significativas». La generalidad de autores interesados en la materia acepta que la denominada *cuestión del autor* «solo puede ser adecuadamente aprehendida si se lo sitúa en un sistema de relaciones sociales e ideológicas, institucionales e informales, variables históricamente» (Altamirano & Sarlo, 2001, p. 65).

En efecto, la comprensión de rasgos intrínsecos de las obras literarias desde una óptica extrínseca es avalada desde mediados del siglo XX por muy diversos expertos en la materia, entre quienes se cuentan además de Löwenthal, Sartre, Meregalli, Bourdieu, Henríquez Ureña, Gutiérrez Girardot y Rama. Así por ejemplo el filólogo e hispanista Franco Meregalli (1987) asevera escueta pero categóricamente:

No cabe duda de que la literatura se hace también por grandes personalidades, y que estas grandes personalidades deben ser estudiadas no solo como autores de determinadas obras, sino en su unidad, creo que hay que reaccionar a una concepción del texto como algo independiente del autor. [...] aunque puede haber un interés por el autor, de carácter biográfico en el sentido puramente documental extratextual, puede haber también una biografía que coloque la obra como manifestación de la vida del autor en un determinado momento y [que] sea decisiva para la comprensión de la misma (Meregalli, 1987, p. 63).

De hecho antes que una historia literaria simple, la sociología del autor está llamada a dar mejor cuenta de una comprensión genuina del campo discursivo –o sistema implicado en la construcción de una literatura–. Precisamente en su calidad de *sistema*, este se configura a partir de relaciones dinámicas vinculantes entre productores literarios, obras, receptores y lengua como mecanismo transmisor: «así pues, en la constitución de la literatura se involucran, además de los autores y los historiadores, los críticos, los lectores, el mercado editorial y los medios masivos de comunicación» (Laverde, 2006, p. 42). La percepción de la literatura como institución social que funciona a manera de contexto de efectos es compartida por autores muy diversos, entre los que a modo de ejemplo puede mencionarse también a Gutiérrez Girardot (1989). Desde esa perspectiva

la literatura es asumida entonces como resultado de un proceso «metacomunicacional», es decir, en red, lo que exige considerar

[...] además de las particularidades inherentes a las obras, fenómenos estimados ajenos a ellas que incluyen elementos relacionados con la producción y la recepción. Es decir, se debe considerar cada obra en su individualidad con el fin de identificar parámetros reales que permitan la comprensión de los recursos estéticos utilizados por el autor, lo que significa atender el horizonte de los fenómenos que comprende el marco estético-ideológico de las obras (Laverde, 2006, p. 42).

Más allá todavía, Merregalli (1987) estima pertinente una semiótica abaricante o «verdaderamente pragmática» cuando considera que «la relación entre emisor, texto y receptor» equivale a nexo entre «el contexto literario y la circunstancia extraliteraria». «Cualquier texto tiene –asevera–, además que una autorreferencialidad, una heterorreferencialidad, más todavía es heterorreferencial la comunicación literaria en que el texto se coloca. La literatura es un momento de la vida» (p. 55), afirmación que implica la validez metodológica de una «historia del hecho literario dentro de la vida» (o sea, dentro de la totalidad de sus aspectos psicológicos, económicos, filosóficos, etc.). Lo anterior resume igualmente el parecer del filósofo y crítico literario marxista Walter Benjamin (1934) acerca de la conjunción de autor y conglomerado receptor en el trasfondo *siempre social* en el que circula una obra, aspecto sobre el que Merregalli (1987) enfatiza lapidariamente: «Si la literatura puede cambiar un poco la vida, más la vida cambia la literatura» (Merregalli, 1987, p. 55). Merece señalarse aquí que el crítico literario brasileño Antonio Cândido (citado por Rama, 2006) distingue entre «manifestaciones literarias» (obras) y «literatura propiamente dicha», definida esta como:

[...] un sistema de obras ligadas por denominadores comunes, que permiten reconocer las notas dominantes de una fase. Estos denominadores son, aparte de las características internas (lengua, temas, imágenes), ciertos elementos de naturaleza social y psíquica, aunque literarios organizados, que se manifiestan históricamente y hacen de la literatura un aspecto orgánico de la civilización. Entre ellos distínguese: la existencia de un conjunto de productores literarios más o menos conscientes de su papel; un conjunto de receptores, formando los diferentes tipos de público, sin los cuales la obra no vive; un mecanismo transmisor (de modo general un lenguaje traducido en estilos) que liga unos y otros. El conjunto de los tres elementos da lugar a un tipo de comunicación interhumana, la literatura, que aparece, bajo este ángulo, como sistema simbólico, por medio del cual las veledades más profundas del individuo se transforman en elementos de contacto entre los hombres y de interpretación de las diferentes esferas de la realidad (Rama, 2006, p. 23).

La sociología del escritor componente cardinal de la sociología de la literatura. Rasgos del oficio y definición del intelectual como tipo sociológico

Conforme se ha planteado la sociología puede aportar en grande al entendimiento de actividades que implican interacción humana, muchas de ellas to-

davía insuficientemente examinadas desde un punto de vista científico. Caben allí fenómenos sociales de índole diversa, pero en específico vienen al caso fenómenos ligados con el mundo de la comunicación y las letras, tales como la escritura y sus ejecutantes (Rama, 2006). Según explica Löwenthal (1998), la sociología de la comunicación abarca en sus dominios a la sociología de la literatura, la cual se apersona, a su vez, de la sociología del escritor. A modo de síntesis provisoria, podría anotarse que sociología del escritor es sinónimo de intento hermenéutico relativo a la evolución intelectual de un personaje «dentro del tejido de relaciones que fueron cada uno de los contextos en que vivió». Ello equivale a encadenamiento analítico de detalles sinnúmero «en un solo conjunto», con la intención de captar las impresiones suscitadas por el personaje en cuestión sobre un entorno social específico (Santí, 2002, p. 101). Como proyectos que ejemplifican tales parámetros, Enrico Mario Santí (2002) cita las biografías escritas por Sartre sobre Flaubert (*El idiota de la familia. Gustave Flaubert de 1821 a 1857*), y por Octavio Paz sobre sor Juana Inés de la Cruz (*Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*).

La exégesis sociológica de una literatura depende de su estadio particular de desarrollo, por lo que las claves de su interpretación habrán de proceder del seno mismo de esa literatura y no de otra. Citando a Adorno, Löwenthal (1948) enuncia que cada literatura requiere de una «tematización analítica» concordante con su nivel de desarrollo específico, ya que es, a la vez, producto y síntesis de determinados contextos socio-históricos (económicos, tecnológicos, ideológicos, políticos, etc.). Observa Carpentier (1984) que dichos contextos imprimen rasgos distintivos sobre los escritores de cada época, dotando de cohesión interna a círculos de pensamiento y acción (políticos, académicos, literarios, etc.). Es en esos espacios donde resulta posible identificar, señala agudamente Rama (2006), maneras diversas de «insertarse y justificarse dentro de la sociedad» (Rama, 2006, p. 73). El crítico literario uruguayo enfatiza en que la cosmovisión del escritor «está intensamente teñida por los valores que se desprenden de su experiencia vital» (Rama, 2006, p. 11). Si texto y autor constituyen una unidad inseparable el ciclo vital del literato aporta a la comprensión de lo intelectualmente producido, y adicionalmente brinda luces sobre el entorno social exponiendo componentes constitutivos y funcionalidad de los mismos (Meregalli, 1987). Desde la perspectiva de los tipos ideales el estudio del escritor refleja de hecho una época dotada de determinados valores culturales, de la presencia o ausencia de secularización, de un nivel dado de libertad social, o de cierto grado de desarrollo económico (Rama, 2006). Comprender la posición de un escritor frente a las *instituciones* de su entorno proporciona pistas sobre las condiciones allí imperantes: habla de la trama de relaciones interinstitucionales y de los productos sociales resultantes. Así, a variaciones en las *funciones* sociales de la literatura corresponden *consecuencias* sociales que habrán de esclarecerse (Gutiérrez, 1986).

Según opinión general de los entendidos el escritor previo al capitalismo es diferente del tipo del escritor «profesional de la literatura», o exponente «de la inteligencia» de la era del capitalismo monopólico burgués –para quien se acuñó el concepto de «intelectual»–, término nacido en 1898 en la coyuntura del «Caso Dreyfus» con la publicación del «Manifiesto de los intelectuales» por el francés Emile Zola (Gutiérrez, 1986). Sobre este particular Bourdieu (2002) muestra cómo los escritores de la segunda mitad del siglo XIX propugnaron por su derecho a la visión subjetiva, situando en ella parte importante de la dignidad de su oficio. En el ámbito español de dicha centuria, por ejemplo, dicho rasgo se relacionó con la idea del compromiso social del *escritor público* (entendido como imperativo cívico), cometido que idealmente habría de cumplir *ad honórem* y articulando materias literarias con periodismo político (Fernández & Fuentes, 2002). Para el plano de la América Hispana decimonónica Gutiérrez Girardot (1989) propone el nombre de José Joaquín Fernández de Lizardi como escritor que, por la vía del ejemplo, procuró instaurar en el oficio la práctica de virtudes cívicas. Gutiérrez resalta, asimismo, las cualidades cívico-reflexivas de Rafael María Baralt y Domingo Faustino Sarmiento.

Por su lado, Walter Benjamin (1934) reclama como rasgos inseparables del escritor-intelectual del siglo XX –no solo en Latinoamérica sino en todo el orbe–visión panorámica y penetrante en su accionar como comentarista en la prensa, erudición en el manejo de técnicas y géneros diversos, éxito indistinto en la investigación y la divulgación, disposición de publicista a la vez que de juicioso lector de sus conciudadanos, modificador de instituciones y organizador político mediante el ejemplo de su vida. En palabras del filósofo alemán esta caracterización identifica a un «autor como *productor*» o, lo que es lo mismo, como «autor *operante*».

El aspecto más significativo de la nueva percepción social de los hombres de letras obedeció sin embargo, conforme se ha expuesto en páginas previas, a la modificación de los principios de la valoración social del gremio por parte de Zola (1998), quien en su texto «Yo acuso» –también conocido como «Manifiesto de los intelectuales»– situó la dignidad de los literatos en su independencia frente a la –hasta entonces– «irreprochable» razón de Estado (Zolá, 198, p. 73). Según comenta Bourdieu (2002), allí Zola reiteró

[...] la irreductibilidad de los valores de verdad y de justicia, y al mismo tiempo, la independencia de los custodios de estos valores con respecto a las normas de la política [...] [Así] El intelectual se constituye como tal al intervenir en el campo político *en el nombre de la autonomía* y de los valores específicos de un campo de producción cultural que ha alcanzado un elevado nivel de independencia con respecto a los poderes [...]. Con ello, se opone al escritor del siglo XVII, que goza de las prebendas del Estado, cuenta socialmente con el crédito de una función reconocida pero subordinada, está estrictamente limitado a la diversión, y por lo tanto apartado

de las cuestiones candentes de la política y la teología; se opone también al legislador de aspiración que pretende ejercer un poder espiritual en el ámbito de la política y competir con el príncipe o con el ministro en su propio terreno [...] se opone por último a aquellos que, habiendo trocado un estatuto, a menudo de segundo orden, en el campo intelectual por una posición en el campo político, rompen más o menos ostensiblemente con los valores de su universo de procedencia y, pendientes de afirmarse como hombres de acción, son los que con frecuencia se muestran más proclives a denunciar el idealismo o el irrealismo de los «teóricos» con el fin de autorizarse así mejor para traicionar los valores inscritos en las teorías. Encerrado en su mundo, adosado a sus propios valores de libertad, de desapego, de justicia, que excluyen que pueda abdicar de su autoridad y de su responsabilidad específicas a cambio de unos beneficios o de unos poderes temporales necesariamente devaluados, se afirma, en contra de las leyes específicas de la política, de las de la *Realpolitik* y de la razón de Estado, como el defensor de unos principios universales que no son más que el producto de la universalización de los principios específicos de su propio universo (Bourdieu, 2002, pp. 197-198).

Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (2002) registran como hecho sintomático del advenimiento de una dosis de modernización social en el ámbito español de finales del siglo XIX (con influjo sobre el restante mundo hispánico), el progresivo remplazo de la voz *escritor público* por el término *intelectual*, tanto en el habla culta como en la popular.

Varias situaciones se desprenden de lo anotado si se pretende una precisión sociológica del fenómeno:

- a) En un contexto burgués –plenamente burgués– todo escritor se encuentra, quiéralo o no, incorporado a una élite cultural: en primer lugar al «cenáculo afín dentro del cual se organizan los principios formales [del oficio]» (un círculo de pensadores con los cuales comparte muy cercanamente), y en segundo término, al «conjunto de los intelectuales (de distintas escuelas, capillas, etc.) que se integran a una suerte de familia común» (Rama, 2002, p. 12). Ambas instancias configuran los valores colectivos de una élite cultural, que se arraigan en el ser profundo del escritor.
- b) En un sentido moderno, asociado a la práctica de la lectura y al consumo de libros y periódicos, forzosamente el escritor cuenta con un público, situación que le provee inmunidades de tipo económico, jurídico e incluso protagonismo político (Fernández & Fuentes, 2002). En general le proporciona prestancia y promoción social, o en pocas palabras *profesionalización*. Bourdieu (2002) otorga máxima relevancia al cambio en la posición social del escritor derivado del acceso al dinero, figuración que en el siglo XIX vituperaron o ensalzaron, respectivamente, personajes como Sainte-Beuve o Zola. En su calidad de autor marxista Walter Benjamin (1934) sostiene, por su lado, que si un escritor se precia de su condición, si es genuino y de espíritu irreductible, no tiene por qué sucumbir ante presiones económicas, pues su accionar

debe rendir cuentas ante intereses colectivos en vez de personales. Como fuere, la profesionalización plena puede ser puesta en entredicho, pues los «profesionales de la inteligencia» no siempre abogaron por la inteligencia y la razón, y tampoco gozaron de manera indefectible de los provechos de su profesionalización, pues en ocasiones sus concepciones terminaron convirtiéndolos en renegados sociales, incomprendidos y excluidos (Gutiérrez, 1986). De todos modos la autonomización del campo intelectual o «madurez sociológica» de la producción literaria (Merquior, 1972, p. 383) supone un sistema complejo de roles y relaciones sociales, por lo que el incremento de la diferenciación sociocultural le resulta favorable.

- c) Más allá de imaginar escenarios ficticios o de registrar tales o cuales acontecimientos reales, el escritor genera, encauza y contribuye a la apreciación de fenómenos sociales suscitando la opinión y la polémica. No solo interviene entonces en el diseño de su historia personal, sino que induce ideas de cambio o permanencia, llegando a trazar situaciones sociales específicas. A modo de ejemplo: partiendo de formulaciones de Hegel y de la composición de «novelas de artistas» por Heinse (el *Ardinghello*), Friedrich Schlegel (*Lucinde*), o Joris-Karl Huysmans (*A rebours*), desde finales del siglo XVIII se inauguró la reflexión acerca del arte como ocupación de los mismos artistas, para el caso los literatos.
- d) Las vivencias y legados –materiales e inmateriales– de un escritor constituyen fuentes primarias de excepción para la reconstrucción de entornos socio-históricos: su naturaleza de registros críticos resulta difícilmente superable si se pretende una comprensión analítica (Gutiérrez, 1986).

Cabe advertir que los anteriores parámetros resultan claros en lo tocante al mundo del capitalismo burgués de los siglos XIX y XX, para Europa y Estados Unidos. Pero caracterizar al escritor en la diversidad de escenarios y condiciones del resto del planeta, incluso en el mismo lapso temporal, exige flexibilidad ostensible. De hecho por fuera de Europa y Estados Unidos los aspectos históricos, sociales y literarios presentan notables desarticulaciones entre sí (de carácter político, económico, cultural, etc.). En consecuencia se carece de un sistema conceptual de referencia equivalente al mundo burgués. Frente a esta situación Ana Pizarro (1987) sugiere –para el caso concreto de América Latina, por ejemplo– observar al escritor «como [permanente] constructor de su propio espacio intelectual» (p. 193). Ello supone la aceptación de variables altamente flexibles al establecer las categorías o tipos ideales que definen al escritor en contextos exentos de los estándares occidentales modernos. En tal sentido Gutiérrez Girardot (1986) asevera que como aporte crucial a la historia social de la literatura, «el esbozo [de los tipos del escritor] constituye no solamente el núcleo sino el desafío de una sociología del intelectual en los países de lengua española» (Gutiérrez, 1986, pp. 78, 80-81).

Una opción enriquecedora para la historia de la literatura: temas y problemas centrales de la sociología del escritor

De acuerdo con los planteamientos de Cándido (citado por Altamirano & Sarlo, 2001) existen tres categorías básicas para definir la posición del escritor en la estructura social, a saber:

- a) Conciencia grupal en los propios escritores de que constituyen un segmento especializado de la sociedad,
- b) Condiciones de su existencia en el seno social (profesionalización del oficio y remuneración de la creación literaria); y,
- c) Reconocimiento social de la actividad otorgado por otros estamentos (o justificación colectiva del oficio).

Estas tres variables principales encuentran –además de otras dependientes– cabida en la «matriz» o esquema de análisis básico, diseñada por Leo Löwenthal (1998), para perfilar los tipos del escritor en concordancia con variables sociales. Cabe resaltar que dicho esquema compagina bien con apreciaciones formuladas por otros expertos en la materia, entre quienes figuran Henríquez Ureña (1949), Gutiérrez Girardot (1986), Rama (2006) o Gómez (2006). De modo extremadamente simplificado puede decirse que las tres variables citadas recogen «puntos neurálgicos» o aspectos fundamentales de una indagación científica todavía más específica, cuyos centros de interés son:

1. Relación (general) sociedad-escritor

- Del contexto social: Posición del escritor frente a cada sociedad y su trama de relaciones interinstitucionales, ilustrativas de las *funciones* sociales de la literatura, de la variación de estas y de las *consecuencias* sociales (ideológicas por ejemplo) que acarrea dicha evolución.
- Del ciclo vital del escritor: Valoración social general y aceptación del oficio como profesional, integración y/o exclusión de los escritores en círculos de pensamiento y/o poder. Posición general del escritor frente a entornos y conflictos sociales.

2. Posición (específica) del escritor dentro de la sociedad

- Relevancia: Procedencia social del escritor y adquisición de prestigio (según dicha procedencia).
- Auto-comprensión (subjetiva) de la función del escritor: Misión asumida por cada escritor («fenómeno del escritor profético, el misionero, el que entretiene, el estrictamente artístico, el político y el que busca solo ganancias») (Löwenthal, 1998, p. 71), y tensión entre responsabilidad intelectual y demandas del público.

- Auto-comprensión (objetiva) de la función del escritor: fuentes de ingresos económicos, condiciones de existencia material, presión de órganos institucionales de control social, influencias ejercidas por la técnica y el *marketing*, genuina independencia económica e intelectual –o estatus de «escritor libre»– (Gómez, 2006, pp. 306-309).
3. Sociedad y problemas sociales como materia literaria a tratar
- Directamente: Comentarios explícitos acerca del Estado, la sociedad, la economía –o este o aquel fenómeno social–; corrientes, autores y/o círculos de pensamiento que ejercen influencias sobre los escritores o a los que estos se adscriben; comprensión de recursos estéticos empleados por otros escritores.
 - De manera implícita: Temas y motivos sin relación inmediata con fenómenos estatales o problemas sociales (más propios de la esfera privada), pero que pueden encontrarse imbuidos del clima social: ej. costumbres y usos privados, gestos y sentimientos, la naturaleza, el amor, la sociabilidad o la soledad humanas, etc.
4. Determinantes sociales del éxito
- Influencia de la complejidad social (sobre el escritor –y sobre el lector–): Contextos que afectan la significación de la lectura literaria. Ejemplo:

¿Son la guerra o la paz, las coyunturas económicas o las depresiones circunstancias más favorables para la producción literaria? [...] ¿Diferentes fases de los ciclos económicos y políticos influyen diferenciadamente en las obras literarias?, [...] ¿qué formas de contenido y cuáles motivos [literarios] [...] son preferidos en las diferentes situaciones sociales en general? (Löwenthal, 1998, p. 81)
 - Controles sociales «manipuladores» (sobre el escritor y sobre la lectura literaria): Relaciones escritor-mundo editorial; incentivos económicos a la producción –y consecuente obstrucción a la independencia intelectual–; apoyo estatal a los escritores; influencia de premios –públicos y privados– sobre los escritores; censura estatal y eclesiástica; «controles informales» a la escritura (presiones ejercidas por medios de comunicación, por «chismorreos literarios y conversaciones privadas») (Löwenthal, 1998, pp. 76-77).
 - Transformaciones técnicas y sus consecuencias sociales y económicas: Mejoramiento de procesos técnicos de producción y difusión frente a ingresos del escritor, ambiente de trabajo y cambio de estatus social de su grupo; avances técnicos (radio, cine y televisión) y modificación de la capacidad de lectura de la persona promedio; mercado y accesibilidad a los productos editoriales; necesidades psicológicas sociales (ansiedades sociales, esto es, aquello que la sociedad anhela) frente a éxito de un escritor.

5. Conducta del escritor

- Concepción del mundo (en el escritor): Análisis del contenido explícito de las obras literarias (mensajes transmitidos como reflejo de la personalidad del autor) frente a implicaciones ocultas en sus obras, es decir, opiniones personales cruciales (por ejemplo, acerca la naturaleza humana, tensiones sociales, oposición entre masas y grandes hombres, catástrofes históricas y naturales, sexualidad, etc.).
- Búsquedas y expectativas (del lector): Relaciones escritor-público receptor: condicionamientos impuestos al escritor por su público, influencia que la autoimagen de un escritor ejerce sobre sus lectores.

Conclusiones

Hacia una historia literaria abarcante y profunda. Retos para una sociología del escritor en América Latina

Una historia de la literatura latinoamericana abarcante y profunda –o «historia posible» según denominación sugerida por Ana Pizarro (1987)– requiere de un decidido aporte sociológico para optar al «derecho a la universalidad» (p. 193) en términos verbales, conceptuales y sociales. Empero, la sociología de la producción literaria y del escritor es incipiente todavía en el subcontinente (Merquior, 1972). Ello hace pertinente indagar –conforme subraya Rama (2006)–, acerca de las consecuencias culturales de la ampliación del público consumidor, además de las repercusiones de dicho fenómeno sobre el propio creador literario y su obra. Igualmente en opinión de Bourdieu (2002) las condiciones de consumo de lo intelectualmente producido constituyen un elemento crucial para la comprensión de la experiencia social del intelectual.

La sociología dedicada al asunto debe considerar, asimismo, el papel jugado por las vanguardias literarias allí en donde la mercantilización estética se ha hecho manifiesta (Merquior, 1972), puesto que dicha situación resulta sintomática

[...] tanto del esfuerzo de diferenciación del productor literario respecto del resto de los otros productores, como de las dificultades de la asimilación de las obras a mercancías sin más, dificultades vinculadas, como dice Bourdieu, a la especificidad del producto, “realidad de doble faz, mercancía y significación, cuyo valor estético sigue siendo irreductible al valor económico” (Altamirano & Sarlo, 2001, p. 71).

Las expectativas del público lector, los modos estereotipados del consumo literario, la permanencia de formas residuales de literatura –a modo de protesta de ciertos autores contra la mercantilización– habrán de considerarse también si se desea desentrañar cómo percibe el escritor su entorno social y la función que allí cumple. La estimación del origen social del hombre de letras resulta sin duda metodológicamente relevante –en cuanto clase social y en lo atinente

a la constitución de círculos intelectuales–, posibilidad analítica recalcada por autores como Sartre y Bourdieu. (Altamirano & Sarlo, 2001). Este enfoque *habrá de adaptarse* a las circunstancias dominantes en partes del mundo como América Latina, en donde el nivel del desarrollo económico y social se ha demostrado poco propicio a la actividad del escritor. De hecho el entorno no le ha resultado favorable en diversos aspectos (por ejemplo, en lo tocante a suplir necesidades económicas básicas, fundamentalmente debido al tardío surgimiento de clases medias urbanas interesadas en consumir producción intelectual) (Rama, 2006). La comunicación entre escritores y público vino a hacerse notoria efectivamente solo a partir de la segunda década del siglo XX, en respuesta a la diferenciación social creciente y a la complejización de los roles y las relaciones sociales. En tal sentido los requerimientos educativos de las clases medias desempeñaron sin duda un papel relevante (Merquior, 1972).

A semejanza de lo acontecido en la España decimonónica –y en directa correspondencia con esa usanza– (Fernández & Fuentes, 2002), en el Nuevo continente el crecimiento del público lector se mantuvo restringido hasta entrado el siglo XX «a la estructura de los mismos transmisores de la cultura: profesores, maestros, algunos funcionarios y algunos profesionales». Por ello no puede decirse que los escritores compusieran y publicaran para una sociedad entera, sino tan solo para su propia franja social «algo ampliada» (sectores medio y alto de la clase media). Así, el intelectual latinoamericano encontró audiencia únicamente «dentro de su familia», aunque esta estuviera «integrada por miles de personas» (Rama, 2006, pp.19-20). En la consolidación de un público universal o al menos notablemente ampliado estribó entonces un gran reto para el escritor y la literatura de América Latina, imperativo ante el cual Rama (2006) trae a colación la máxima de Sartre que indica que «la literatura existe por una vocación universalista, y sin ella diríamos que no hay actitud creativa plena» (Rama, 2006:20).

El diálogo entre escritores latinoamericanos –cuyas aportaciones pueden compararse en cuestión de formas, técnicas, contenidos, sentidos implícitos, etc.– puede potenciarse y hacerse más fecundo como resultado de un análisis sociológico ilustrativo de la tradición y el encadenamiento de las creaciones artísticas. Esto en vista de que resultan expresivas de circunstancias y valores establecidos en la sociedad (Rama, 2006). En dicho frente se ha esbozado ya un promisorio «campo intelectual» o lugar de desempeño propicio al accionar de los escritores, progresivamente configurado en concordancia con «criterios intrínsecamente estéticos e intelectuales» (Merquior, 1972, p. 383).

En ese orden de ideas en opinión de autores como Carpentier (1981) o Rama una actitud madura del escritor latinoamericano le conmina a establecer una distinción sutil

[...] entre los valores propios, independientes, de las técnicas o sistemas [literarios], como expresión de determinadas situaciones histórico-culturales y por ende económico-sociales, de países en un determinado nivel de desarrollo y complejidad del cuerpo social, y la posibilidad de adaptación de los elementos de esas técnicas que resulten vehiculares de situaciones propias [...] es legítimo el magisterio extranjero, universal, y no hay cotos privados para la cultura; todo sistema formal es válido en conexión con un determinado estado de la sociedad en que nace, pero es pasible de adaptación [...] a las formas y circunstancias propias de una cultura, sin lo cual carece de valor (Rama, 2006, pp. 48-49).

Así sus reflexiones no vayan en pos de grandes problemas sociales, y así no se interese directamente por asuntos de Estado o abiertamente determinantes del devenir social, el escritor habrá de apropiarse de la realidad explorándola, desvelándola paso a paso (Merquior, 1972). Dice Rama (2006) que «encontrarla es lo mismo que explicarla, ambas funciones corren paralelas», funciones que, a su vez, deben entroncar «con las raíces subjetivas» del escritor. Resalta –citando a Faulkner– que «todo escritor digno de tal nombre desea condensar la suma de toda su experiencia, de todo lo que hay de apasionante y hermoso en el hecho de estar vivo, en algo que permanezca detrás de él». Esto equivale a «concentrar la vida en el arte para que permanezca como un “desvelamiento” dentro del complejo mundo aparential», o sea, el mundo en el cual «se sitúa la vida de los seres humanos» (pp. 55-76). Merquior (1972) subraya lo mismo empleando otros términos: la consumación de una «crítica de la cultura» desde «una perspectiva crítico-problematizante» o «figuración simbólica de los problemas del hombre contemporáneo» le corresponde ejecutarla al escritor, hecho que aporta aspectos susceptibles de ser analizados en términos sociológicos. O socio-históricos, conforme puntualiza Palacios (2002). Por fortuna –enfatiza Merquior– en América Latina «la literatura ha sido con frecuencia un instrumento independiente de conocimiento sociológico; muchas veces el único» (Merquior, 1972, p. 387).

En correspondencia con las consideraciones expresadas hasta este punto, el estudio científico del oficio debe proporcionarle al cuerpo social una valoración o «visión de futuro» de los beneficios colectivos acarreados por el fomento de la actividad intelectual. No obstante esos beneficios solo se hacen perceptibles si la tentativa es proyectada y mantenida a largo plazo. Fortalecer los vínculos entre las necesidades espirituales de cada sociedad y quien reflexiona sobre ella resulta definitivamente deseable, pero para el efecto habrán de ofrecerse seguridades suficientes al escritor –tiempo y tranquilidad económica para producir–, con la esperanza de que tales condiciones reviertan en una contribución significativa a la cohesión social y al arraigo de valores afines (Rama, 2006).

Walter Benjamin (1934) indica que el accionar político de un escritor contiene implícita o explícitamente una tendencia literaria, en la que a su vez reside la calidad de una obra. Si asume una tendencia política y progresivamente depura su técnica literaria, el escritor puede preciarse de actuar como «productor» o

de encarnar a un autor de tipo «operante» –aquel que toma parte activa en los asuntos de su sociedad superando las meras pretensiones informativas, que bastan bien al entorno burgués pero resultan insustanciales para los intereses colectivos–. Por ello la disolución de la frontera entre escritor y lector constituye, en la apreciación de Benjamin, todo un imperativo: cada escritor debería ser lector, a la vez que cada lector debería estar dispuesto a escribir para permanentemente rediseñar las situaciones de su momento histórico y entorno.

Desde esta óptica de Benjamin (1934) puede llamarse escritor solo aquel que mediante la palabra moldea sin tregua la realidad social, apropiándose en consonancia con sus capacidades y competencias personales –procedentes de la razón y la práctica más que de la virtud y la decisión (entiéndase el tesón personal)–, sin importar la educación especializada a la que previamente haya accedido. Como ser humano y por encima de las tipologías sociológicas, el escritor estaría entonces en posición no solo de interpretar la historia sino de *hacerla*, cometido último y único –entiéndase exclusivo– que excede las pretensiones de conocimiento científico de la escritura y del accionar conexo de sus ejecutantes y consumidores. Ante tamañas pretensiones, con simplemente condensar la vida en el arte buscando develar el complejo mundo inmanente a los seres humanos –en el orden de ideas planteado por Faulkner–, cabe ya a quienes se dedican a escribir una virtud, más que significativa, notablemente meritoria.

Bibliografía

- Altamirano, C. & Sarlo, B. (2001). *Literatura/ sociedad*. Buenos Aires: Edicial S. A.
- Benjamin, W. (1934). El autor como productor. Ponencia presentada en el Instituto para el estudio del fascismo, París, 27 de abril de 1934. Recuperado de <http://tijuana-artes.blogspot.com/2005/03/el-autor-como-productor.html>
- Bourdieu, P. (2002). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Carpentier, A. (1981). *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*. México: Siglo XXI Editores.
- Carpentier, A. (1984). *Ensayos*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Fernández, S. & Fuentes, J. F. (2002). *Diccionario político y social del siglo XIX español*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gómez García, J. G. (2006). *Colombia es una cosa impenetrable. Raíces de la intolerancia y otros ensayos sobre historia política y vida intelectual*. Bogotá: Diente de León.
- Gutiérrez Girardot, R. (1986). *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura.
- Gutiérrez Girardot, R. (1989). *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Ediciones Cave Canem.
- Henríquez Ureña, P. (1949). *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Laverde Ospina, A. (2006). (Im) pertinencia del concepto de tradición literaria para una historia de la literatura colombiana. *Lingüística y Literatura*, V. 27, N.º 49, pp. 33-50.
- Löwenthal, L. (1998). Tareas de la sociología de la literatura (1948). *Utopía siglo XXI*, N.º 1, V. 3, pp. 69-82.

- Mannheim, K. (1963). *Ensayos de sociología de la cultura*. Madrid: Aguilar.
- Meregalli, F. (1987). La perspectiva comparatista. A. Pizarro (Editor), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, México: El Colegio de México– Universidad Simón Bolívar, pp. 53-75
- Merquior, J. G. (1972). Situación del escritor. C. Fernández Moreno (Editor), *América Latina en su literatura*, (pp. 372–388). México: Siglo XXI-UNESCO.
- Palacios, M. (2002). *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia*. Bogotá: Norma.
- Pizarro, A. (Coord.). (1987). *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar.
- Pöppel, H. (2006). Presentación. *Hacia una nueva historia de la literatura colombiana*. *Lingüística y Literatura*, N.º 49, V. 49, pp. 15-32.
- Rama, A. (2006). *Crítica literaria y utopía en América Latina*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Renan, E. (1987). *¿Qué es una nación?* Madrid: Alianza Editorial.
- Santí, E. M. (2002). *Bienes del siglo. Sobre cultura cubana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zola, E. (1998). *Yo acuso. La verdad en marcha*. Madrid: Tusquets Editores.